

hermanos pueden llegar a casa a la hora que les apetece mientras que ella precisa toda una organización policíaca para salir con un muchacho, está haciendo feminismo, muchas veces sin saberlo. Justo es, sin embargo, que recuerde los nombres de aquellas otras mujeres que dinamitaron los obstáculos más groseros para que pudiera avanzar el gran convoy de la promoción cultural jurídica y social de la mujer.--
ALFONSO ALVAREZ VILLAR.

LIBROS DEL BRASIL

PRESENCIA DE LA LITERATURA BRASILEÑA

La integración de lo teórico en lo pedagógico presenta graves y casi insalvables dificultades, sobre todo cuando se trata de una obra de carácter divulgador. Su excesivo volumen—al que se llega fatalmente en el caso de desarrollar la teoría—puede llevar a la obra escrita bajo esta preocupación hasta un terreno particularizador que no se avenga con su naturaleza divulgadora. Por otra parte, la escasez de teoría conduce al riesgo de que la obra se convierta en un mero catálogo de datos que, teniendo en cuenta al público al que va dirigida, no sean suficientemente explícitos por sí mismos. Es evidente que Antônio Cândido y J. Aderaldo Castello han tenido muy presentes estas dificultades al organizar su *Presença da literatura brasileira* y han tratado de salvarlas juiciosa y ponderadamente. Su propósito es el de mostrar a un público no especializado—pero del que lógicamente ha de salir un buen número de especialistas—las líneas fundamentales de la evolución de las letras del Brasil (1). A pesar de ello, dichos autores no se extienden, en el prólogo, en consideraciones sobre sus criterios organizadores, unos criterios que, por lo demás, evidencian la lectura de esta antología comentada, verdadera iniciación a la literatura brasileña.

Así, al juzgar una obra de tan delicada naturaleza, no hay más remedio que adoptar un patrón de relatividad. Hacer lo contrario nos conduciría a cometer evidentes injusticias. Lo único que debe exigirse a un libro como el que comentamos es que oriente al lector que, a

(1) ANTÔNIO CÂNDIDO y JOSÉ ADERALDO CASTELLO: *Presença da literatura brasileira*, Difusão Européia do Livro, São Paulo, 1964; tomo I (Origens e Barroco, Arcadismo, Romantismo), 380 pp.; tomo II (Romantismo, continuação, Realismo, Parnasianismo, Simbolismo), 358 pp.; tomo III (Modernismo), 384 pp.

través de él, pretende ambientarse en una rama de la cultura tan amplia y de límites tan imprecisos como la literatura. Para ello es necesario que señale con claridad las principales corrientes literarias e ideológicas que han determinado el desarrollo de la literatura en cuestión, pero al mismo tiempo no descuidar a ninguno de los autores que, dado ese mismo desarrollo y el estado actual de la crítica y la historiografía, se consideren fundamentales. Como el libro de los señores Cándido y Castello cumple, a nuestro entender, tan fundamentales condiciones, creemos que, bajo este aspecto, reúne las suficientes para recomendar su estudio a quienes deseen entrar en contacto con las letras del Brasil.

El primer problema que se plantea cuando se trata de historiar o antologizar la literatura brasileña es el de sus límites temporales. Es lo que ocurre con todas las literaturas iberoamericanas. ¿Cuándo, nos preguntamos, la literatura metropolitana escrita en ultramar cede el puesto a la realmente ultramarina? ¿Cuándo adquieren independencia las letras de cada uno de estos países? A veces, después de haberse producido la independencia política, porque no cabe duda de que esa misma independencia es necesaria para que se den las condiciones productoras de la autonomía cultural. El caso, no lo olvidemos, nos afecta también a los europeos. ¿Puede decirse que los Séneca, Quintiliano o Marcial pertenecen a la historia de la literatura española? El hecho de haber nacido todos ellos en España ha determinado que, durante bastante tiempo, se los considerase escritores españoles, y nosotros creemos que no sólo por un patriotismo mal entendido, sino también por el deseo de mantener viva la tradición del origen romano de nuestra cultura. ¿Y qué decir de los escritores arábigoandaluces: de un Al-Rusafi, un Ben Jafacha o un Ibn Zamrak? A éstos y a tantísimos otros que vivieron en España, insertos en una tradición cultural de cerca de ocho siglos, no se los ha venido considerando «tan españoles» como a los latinos seguramente por dos motivos fundamentales: primero, porque los estudios arábigos empezaron a florecer en España en una época relativamente próxima, y segundo, porque nuestro viejo patriotismo tenía uno de sus puntos de apoyo en la Reconquista, en un sentimiento ingenuamente antiislámico. Y no se diga que las razones lingüísticas han podido influir decisivamente en el hecho que comentamos: un 10 por 100, por lo menos, de las palabras españolas proceden del árabe o de las aportaciones semánticas de los pueblos del Magreb. La cuestión—si quiéramos ser objetivos—habría que enfocarla desde otro punto de vista: el de la convivencia, en la poesía peninsular, del árabe y el castellano medieval. Ejemplo ya popularizado es el de las jarchas; me-

nos conocido es el de Aben Guzmán de Córdoba, inseparable de la evolución de toda poesía peninsular. Pero los intereses políticos hicieron que se prestase mucha más atención a las raíces latinas de la lengua. A nadie se le ocurrió, a ejemplo del padre de Garcilaso de la Vega, que en disputa con los embajadores ante el Vaticano de Francia, Toscana y Portugal, escribió un discurso que quería ser a la vez latín y castellano, hacer otro tanto en relación con la lengua de los moros. Y eso que en España han abundado los andalucistas.

Otro tanto podríamos decir en relación con los muchos y grandes escritores hebreos de la península, pero no queremos incurrir en prolijidad. Digamos, sí, y esto es importante, que lo dicho sobre los moros de España vale para los de Portugal, y lo mismo ocurre con los judíos. Ahora bien; a nuestro entender, lo cierto es que unos y otros escritores, a pesar de las diferencias de lengua—e incluso de civilización—, y tal vez precisamente por ellas, son imprescindibles para explicar la estructura, la historia y la presencia de las literaturas española y portuguesa. Por ello, tan equivocado es incluirlos de lleno en cualquiera de ellas como pretender estudiarlas sin tenerlos en cuenta: los fenómenos culturales son demasiado complejos para que podamos darles soluciones simplistas. Lo que sí debemos hacer es hablar con claridad para tratar de poner las cosas en su sitio. O, más modestamente, para hacernos entender.

Viene todo esto a propósito del primer tomo de la obra de los señores Cándido y Castello, en el que se estudian los períodos barroco y arcádico o neoclásico, considerando a escritores que estudian como propios muchas historias de la literatura portuguesa. Es el caso de Fernandes Brandão, de Marques Pereira y, sobre todo, del padre Vieira, que es a la prosa portuguesa lo que Cervantes a la nuestra. Pensamos que no hay serios motivos de disputa. Los estados actuales, en cuanto productos históricos, han evolucionado y no son los de ayer ni como los de ayer. Estos escritores pertenecen tanto a la historia de una como de otra literatura. Así como los clásicos—griegos y latinos—son antecedentes de todas las literaturas occidentales y por eso mismo pertenecen, en cierto modo, a la historia de todas ellas, estos otros escritores prueban que no puede escribirse sin contar con ellos la historia de la literatura de la antigua metrópoli ni la de la antigua colonia.

Disputas de este género no son desconocidas en las letras peninsulares. ¡Cuántos poetas galaicos nos disputamos españoles y portugueses! ¡Y hasta castellanos y gallegos, sobre todo desde el renacimiento decimonónico de las letras de Galicia!

Los autores de *Presença da literatura brasileira*, conscientes, por

lo que se ve, de la cuestión y sus dificultades, optan por internacionalizarla, de modo semejante al nuestro, cuando dicen que «los orígenes de la literatura brasileña, o de las manifestaciones literarias en el Brasil-Colonia, se enlazan al quinientismo portugués, y más directamente, al seiscientismo peninsular». Es que entonces no se habían consolidado los modernos nacionalismos y la cultura era más internacional que siglos después. En el Brasil, durante este primer período de sus letras, se escribió en portugués, en castellano, en latín y en tupí. Lo que espíritus temerosos pudieron pensar Babel ha desembocado en una de las literaturas más personales y características de América.

Si los dos primeros períodos estudiados por la obra que comentamos presentan estos aspectos polémicos, el tercero, que es el romántico, no deja de plantear otros interesantes problemas. Nos referimos, en especial, al ya apuntado más arriba: ¿coincide la independencia política con la literaria? Los autores llegan a afirmar que alguna de las obras de Gonçalves Dias—uno de los más caracterizados románticos brasileños—pertenece en realidad a la literatura portuguesa. No diríamos tanto: pertenece a ambas literaturas, si nuestras anteriores razones son válidas. Ahora bien; ante semejante afirmación, hemos de reconocer la objetividad buscada por los señores Cándido y Castello, garantía de la superación de viejos prejuicios, estériles, además, desde un punto de vista objetivamente histórico y hermenéutico.

Lo que sí queda claro es que la auténtica personalidad brasileña, que empicza a insinuarse en el período posromántico, con Machado de Assis, Euclides da Cunha, Joaquim Nabuco y otros, no se produce hasta el modernismo, último de los períodos estudiados en esta antología histórica. (El posmodernismo, todavía en desarrollo, queda al margen de su consideración.) Esto ocurrió porque, en su afán de desligarse—para afirmar una personalidad autónoma—de los influjos portugueses, los escritores del Brasil independiente buscaron los modelos europeos, y muy especialmente los franceses, desde la época romántica. (La revista que dió cuerpo al movimiento fué impresa precisamente en París.) También es significativo el hecho, destacado por ambos estudiosos brasileños, de que, fuera de Francia, sólo el Brasil tuviese un movimiento poético llamado parnasianismo, paralelo en todo al francés.

Tan complicada e interesante evolución condujo a la literatura brasileña al modernismo, públicamente proclamado en 1922, cuyo estudio cierra la obra de los señores Cándido y Castello.

Cada uno de los períodos o tendencias estudiados en ella va precedido de una nota relativamente extensa en la que se estudian sus características esenciales con claridad apropiada a su fin pedagógico.

Asimismo se ofrecen datos biográficos y críticos de cada uno de los setenta y tantos autores seleccionados, datos a veces no completos. (Falta la fecha de fallecimiento de algunos de ellos y determinadas notas muy características de sus personalidades: el suicidio de Raúl Pompéia, el asesinato de Euclides da Cunha, etc.) Cuando el texto seleccionado es un fragmento de una obra extensa (poema, relato, novela) hay una pequeña introducción al mismo. Con ello, la lectura queda convenientemente orientada.

Muy de alabar es el redondeamiento de la parte teórica del libro mediante el expediente de ceder la palabra a los propios escritores antologizados. Con ello se evitan las reiteraciones y contamos con textos originales y de valor literario autónomo. Así, entre otros ejemplos, se nos ofrecen prólogos de libros de Gonçalves Dias, Gonçalves de Magalhães y Junqueira Freire y textos críticos o manifiestos de Oswald de Andrade, José Lins do Rego y Mario de Andrade. Con ellos, la figura del autor y la tendencia por él representada se perfilan dentro, claro está, de los límites de una obra de carácter introductorio.

Considerada la estructura del libro, la selección de autores, que los señores Cándido y Castello quieren estricta, para que los elegidos queden suficientemente representados, no es, a nuestro entender, cuestión primordial, siempre que, como dijimos al principio, no se echen de menos las principales personalidades. Es lo que, afortunadamente, ocurre en *Presença da literatura brasileira*, a la que sólo podríamos poner algunos reparos en este sentido. Así, podríamos preguntarnos por qué no está representada una figura tan característica del posromanticismo como Joaquim Nabuco. Sus implicaciones políticas y sociológicas no restan valor literario a su prosa, una de las más puras y ricas de la literatura del Brasil. Pero estas son cuestiones que no afectan fundamentalmente al valor de la obra que hemos comentado, sujeta, por su carácter, a una insoslayable relatividad.—ANGEL CRESPO.

JOSÉ ANTONIO MASES: *La invasión*. Plaza & Janés. Barcelona, 1965.

José Antonio Mases ha residido seis años en Cuba, seis años realmente decisivos: de 1955 a 1960. Ello le permitió registrar una experiencia directa del régimen de Batista, así como del proceso de la revolución de Castro. Además de esto, Mases es dueño de ese sentimiento que reúne responsabilidad, piedad, fraternidad y curiosidad: por ello, en su narrativa se advierte que ha prestado una apasionada